

ASPASIA DE MILETO: ¿UNA MUJER LIBRE EN LA GRECIA CLÁSICA?

Celia BARRIO MARCÉN

Alumna de Máster de la Facultad de Filología de la UNED

1. INTRODUCCIÓN

Las páginas que aquí presentamos son una visión panorámica del mundo de la prostitución en la Grecia clásica. Para ello atendemos a las diferentes tipologías que existían en esta época, teniendo en cuenta las referencias que de ello se hacen en los textos clásicos.

De esta forma, encontraremos a *pornai*, que son normalmente esclavas que ejercen la prostitución en burdeles obligadas por sus dueños; las mujeres que ejercen la denominada prostitución sagrada en las lindes de los templos; y las *hetairas*, prostitutas con un mayor estatus.

Por otro lado, hemos considerado esencial tomar como punto de partida la visión que de lo femenino se tenía en la Grecia clásica y cómo las virtudes que se presuponían a la buena mujer estaban relacionadas con sus tareas de guardiana del *oikos*. Además, consideramos significativo tomar como referencia la clasificación que de las mujeres hace Semónides comparándolas con diferentes animales; lo que nos deja ver claramente la visión peyorativa que en la sociedad se tenía de la mujer.

Pero para entender el porqué de la prostitución en la Antigua Grecia, deberemos conocer la dicotomía que se establece entre la vida en el interior del *oikos* y la vida en el exterior, en la *polis*. En ambos casos, las mujeres estarán consideradas como seres inferiores, como los esclavos o los gladiadores, sin embargo, las características de unas y otras son notablemente diferentes y podría decirse que las segundas son más independientes que las primeras, pese a que siempre dependerán económicamente de un hombre, bien sea porque es su dueño, o porque la mantiene económicamente a través de los servicios sexuales prestados.

A este respecto, destaca un personaje peculiar: Aspasia de Mileto. Esta mujer jonia, una hetaira muy reputada en la Grecia clásica, llegó a ser una mujer con mucho peso en la política del momento, ya que Pericles, quien se acabaría convirtiendo en su esposo, confiaban en su sabiduría para tratar asuntos políticos.

Es por eso que hemos propuesto, ya desde el título, el interrogante de si Aspasia de Mileto fue una mujer libre en la Grecia clásica. A lo largo de estas páginas intentaremos proponer diferentes argumentos al respecto.

2. LA VISIÓN DE LO FEMENINO EN LA GRECIA CLÁSICA.

Antes de abordar el tema en cuestión que nos ocupa, debemos tener presentes algunos aspectos en relación a la concepción que de lo femenino se tenía en la Grecia clásica.

En primer lugar, queremos mencionar que en Atenas las mujeres ciudadanas no existían, se las nombra en los textos meramente como “habitantes”. Por otro lado, no se concebía la idea de que una mujer fuese soltera, ya que el fin de las mujeres era ser esposas y madres. Esta función procreadora era, además, una función de Estado. Por este motivo, una mujer ateniense independiente que administrase sus riquezas era impensable.

Sin embargo, esta situación no era igual en otras partes de Grecia. Parece ser que fuera de Atenas las mujeres ejercían más control sobre su propiedad e, incluso, no necesitaban la presencia constante de un tutor legal.

El ideal femenino griego se basaba en la *sophrosýne* donde se engloba la prudencia, la sensatez, la modestia y el buen hacer. La inteligencia, por tanto, no es una virtud que deba reunir la mujer porque se relaciona con lo viril. Este posible “pensamiento viril” en las mujeres suponía un peligro y de ello se mofa Aristófanes en su comedia *Lisístrata*, donde un grupo de mujeres encabezadas por Lisístrata, idean una huelga sexual para que acabe la guerra. Pese a que podían compartir algunas virtudes con los hombres, su virtud específica era la de la administración del *oikos*, no la de gobernar ni decidir políticamente. Por tanto, si la mujer estaba dedicada al trabajo en el seno del *oikos*, era percibida muy positivamente.

Pero no podemos hablar del ideal femenino en la Grecia clásica sin mencionar los yambos de Semónides que, entre los siglos VII-VI a.C., realizó una animalización de los estereotipos femeninos, recurso muy habitual en la lírica griega del momento.

La primera de estas caracterizaciones es como una cerda (vv.2-6):

Ésta tiene por su casa todo sucio de barro,
en desorden y rodando por tierra,
mientras ella, sin bañarse, con sucios vestidos,
entre basuras sentada, engorda.

El desaliño, la falta de higiene personal y en la casa, son los vicios que conlleva la mujer-cerda.

Otro tipo de mujer es la zorra (vv. 7-11), que es la más malvada y retorcida:

A otra la crearon de la malévol zorra,
mujer que todo lo sabe;
nada malo se le escapa ni tampoco nada bueno;
con frecuencia de una cosa buena dice que es mala
y de la mala que es buena, y según las ocasiones su talante altera.

También considera que hay mujeres que nacen de la perra (vv. 12-20) y que, además de ser malvadas y cotillas, no paran de hablar (ladrar) incoherentemente:

Hicieron a otra de una perra, malvada, la maternidad en persona;
es aquella que todo quiere oírlo y verlo

y que, con los ojos bien abiertos, va errabunda por doquier
ladrando, aunque no vea a ser humano alguno.
Ni con amenazas podría hacerla callar un hombre,
ni aunque, encolerizado, le arrancara con una piedra
los dientes o bien le hablara con dulzura (...)

Pero no todos los tipos que propone Semónides son de origen animal, sino que hay dos que provienen del ámbito natural. Así sucede como la mujer-tierra (vv. 21-26) y la mujer-mar (vv. 27- 43):

A otra la moldearon de tierra los Olímpicos
y se la dieron imbécil al hombre, pues tal mujer
no sabe nada malo ni nada bueno
y la única labor que conoce es la de comer.
Y cuando los dioses envían el maldito invierno,
tiritando arrastra su silla cerca del fuego.

La mujer-mar, por el contrario, se caracteriza por ser como un torbellino, más salvaje, por no estar domesticada y esto la hace muy irritable:

Del mar crearon a otra, que doble carácter encierra en su corazón.
Un día ríe y está alegre;
la elogiará el huésped que en casa la haya visto;
“no existe otra mujer mejor que ésta
entre todos los mortales, ni más hermosa.
Pero al otro día no soportarás ni contemplarla con tus ojos
ni acercarte a ella, porque entonces muestra inaccesible rabia,
como una perra que protege a sus cachorros
y se torna arisca y desagradable para todos
por igual, enemigos o amigos.
Del mismo modo que la mar con frecuencia permanece serena
Inofensiva, gran gozo para los marineros,
en la estación del verano, pero muchas veces se irrita,
por resonantes olas conmovida...
a ella se asemeja sobremanera tal mujer en su carácter:
también la mar posee naturaleza mudable.

Esta comparación con lo natural es una asimilación a lo no civilizado que es, en definitiva, como era considerada la mujer: un ser no civilizado, como los esclavos.

Otra animalización es la que se hace con la burra (vv.43-47) caracterizada por su capacidad para soportar trabajos duros pero también por su tozudez:

A otra la hicieron de la burra tozuda de color ceniza:
es la que, por la fuerza y con reprimendas, de mala gana
soporta todo y realiza un trabajo
satisfactorio. Mientras tanto, come en su habitación
de noche, de día, y como junto al hogar.

Pocos versos después, Semónides vuelve a atacar a la mujer-burra haciendo hincapié en su desenfreno sexual, tópico generalizado en esta época sobre las mu-

jeros: *Además, acepta por igual como compañero a cualquiera que llegue en busca del quehacer de Afrodita* (vv.48- 49).

Este mismo desenfreno es el que va a caracterizar a la mujer-comadreja (vv. 50-56), caracterizada también por su fealdad:

A otra la hicieron nacer de la comadreja, nefanda raza lamentable,
 pues no posee un solo don bello ni ansiable ni grato ni deseable.
 Enloquecida busca la unión amorosa,
 pero al hombre que se acerca náuseas provoca.
 Con sus robos causa a los vecinos perjuicios numerosos
 y con frecuencia se come ofrendas aún no sacrificadas.

A esto debemos añadir, que en Grecia las comadrejas estaban en las casas para librarse de las ratas, como lo hicieran los gatos posteriormente. Este carácter doméstico, facilitó asociarlas a las mujeres.

En el caso de la mujer-yegua (vv. 57-70) se destaca la vagancia de estas: no limpia, ni cocina; en cambio, su aspecto exterior lo cuida al exceso para poder mostrarse siempre bonita:

La yegua presumida, de crines cubierta, engendró a aquella otra
 que esquivo los trabajos serviles y la miseria,
 que no pondría sus manos en la muela
 ni sostendría la criba ni sacaría de su casa la basura
 ni se sentaría junto al horno, para evitar el hollín;
 a la fuerza atrae a su marido.
 Unos días se lava la suciedad
 dos veces; otros, tres. Se unge con perfumes
 y siempre lleva la melena bien peinada,
 abundante, salpicada de flores.
 Hermoso espectáculo es en verdad una mujer así
 para los demás, pero para su marido se convierte en una desgracia,
 si no es un tirano o portador de cetro
 el que con tales adornos despierta el orgullo de su ánimo.

En contrapunto a la yegua (vv. 71-82), está la mujer-mona que hace el ridículo continuamente y la fealdad es su mayor característica:

A otra, de la mona: ésa es, sin comparación,
 la mayor calamidad que Zeus a los hombres envió.
 ¡Qué horrible rostro! Cuando una mujer así
 camina por la ciudad es el hazmerreír de todo el mundo:
 Corta de cuello, se mueve con fatiga;
 no tiene culo, es toda extremidades. ¡Ay! ¡Desdichado hombre
 el que abraza tal calamidad!
 Se sabe todas las argucias y trucos,
 como una mona, y no le importa el ridículo.
 No sería capaz de hacer bien a nadie; por el contrario
 durante todo el día observa y medita
 cómo puede hacer daño, y el mayor posible.

Por último, encontramos a la mujer-abeja (vv. 83-91) que es la mejor parada en esta clasificación puesto que sólo cuenta con virtudes. Esta caracterización se relaciona con la buena gestión del *oikos* y la procreación:

A otra, de la abeja. ¡Afortunado quien la toma por esposa!
 Es la única que no deja posarse sobre sí el reproche.
 Por obra suya florece y medra la hacienda.
 Amorosa envejece con su amante esposo,
 engendrando hermosa y renombrada prole;
 se distingue entre las mujeres
 todas y divina gracia la rodea.
 No gusta de sentarse entre las mujeres
 allí donde sus conversaciones son procaces.
 Tales mujeres son para los hombres gozoso don
 de Zeus, las mejores y más prudentes.

Esta visión de la buena mujer como abeja, la retoma en el *Económico* Jenofonte (VII, 32-35). Pero, ¿existe de verdad la mujer nacida de la abeja para Semónides?, plantea Cantarella (1991: 56-57). Probablemente no, por eso puede descalificar globalmente a la “raza de las mujeres”, pues, *aunque parezcan reportar alguna utilidad a su marido, en desgracia todo se convierte* (vv. 97-98). *Incluso aquella que parece tener más cordura viene a ser la que mayores afrentas provoca* (vv. 108-109).

3. LA VIDA EN EL *OIKOS*. LA PERFECTA ESPOSA.

La única función que poseía la mujer en el mundo griego era de la traer al mundo hijos sanos que continuasen con la estirpe familiar. Esta función la hacía estar sometida siempre al designio masculino.

En primera instancia, sería el padre quien tomaría cualquier decisión en torno a su hija; luego, sería su esposo; y, como explica Mosse en su obra *La mujer en la Grecia clásica*, siempre estaría vinculada a un tutor masculino:

La mujer ateniense es una eterna menor, y esta minoría se refuerza con la necesidad que tiene de un tutor, un *kyrios*, durante toda su vida: primero su padre, después su esposo, y si éste muere antes que ella, su hijo, o su pariente más cercano en caso de ausencia de su hijo. La idea de una mujer soltera independiente y administradora de sus propios bienes es inconcebible.

El matrimonio constituye por consiguiente, el fundamento mismo de la situación de la mujer (Mosse, 1991, p. 36)

Así pues, el matrimonio nunca será una elección propia de la mujer, sino que será el tutor quien decida su destino matrimonial.

La vida en el *oikos* era eminentemente femenina. Eran las mujeres quienes permanecían en sus viviendas haciendo las tareas que se presuponían de una esposa decente: hilar, tejer y guardar el tesoro del *oikos*. Sin embargo, esto sólo sucedía en el caso de que la mujer perteneciese a una buena clase social. En cambio, si

eran pobres, debían acompañar a sus maridos en tareas tan duras como el campo.

Jenofonte en su *Económico* apunta que los trabajos de la mujer son los que se llevan a cabo en el *oikos*: *los recién nacidos deben ser criados bajo techo, también así debe ser preparada la harina proporcionada por los cereales, e igualmente a cubierto deben confeccionarse con las lana los vestidos.* (Jenofonte, VII, 20-21).

De esta forma, el único poder con el que contará la mujer en la Grecia clásica es el que queda relegado a este ámbito *interior ya que debe dirigir el trabajo de las sirvientas y de algunos sirvientes. Y lo que diferencia a la buena ama de casa de la mala (...) es la manera de utilizar este poder.* (Mosse, 1991, p.36). Jenofonte relaciona, además, esta función con la de la reina de las abejas. Es decir, el *oikos* sería como una colmena donde la reina-mujer ordenar y dispone para que no haya contratiempos y reine el orden.

Es este cometido localizado en el interior, el que hace que la mujer decente no salga a la calle ni participe en actividades relegadas a los hombres:

Una mujer respetable no asistía a un banquete, aunque éste se celebrara en su propia casa. Bajo ningún concepto podía hacer uso de la palabra en público, como lo harían las protagonistas de Homero. La ciudad, ese “club de hombres”, las había encerrado definitivamente en el gineceo. (Ibídem, p.39).

No obstante, debemos ir más allá y tomar el *oikos* como una metáfora del papel que representa la mujer dentro de la *polis*. Junto con los esclavos, las mujeres estaban apartadas de cualquier decisión política y, por ello, era mejor mantenerlas, de cierta forma, encerradas en el seno del *oikos*.

Esto no sucedía, como hemos mencionado anteriormente, con las mujeres que no pertenecían a la aristocracia que sí les estaba permitido hacer una vida más al exterior. Este es el caso de las vendedoras en los puestos del mercado que, posiblemente, dispusieran de parte del dinero obtenido con la venta de sus propios productos. Es decir, *la mujer del pueblo se veía obligada por la necesidad a salir de su casa para ir al mercado.* (Ibídem, p.64). Sin duda alguna, eran mujeres más independientes que las de la aristocracia, como se nos muestra en la comedias de la época.

4. LA VIDA EN LA *POLIS*. LA PROSTITUCIÓN EN GRECIA.

Este apartado supone una contraposición a la vida de la mujer en el *oikos*. La vida en el exterior, en la *polis*, sólo estaba permitida para las mujeres de mala reputación: para las prostitutas. Junto con las esclavas del *oikos* y las mujeres humildes, las prostitutas eran las únicas que podían callejear por Atenas. *Si la mujer respetable servía a la polis de manera indirecta, a través del cuidado del oikos, la prostituta era aquella persona que, con su presencia femenina en la polis, independientemente de sus servicios sexuales, llenaba el vacío de la ausencia de las mujeres recluidas.* (Paraskeva, 2010, p.70).

En este sentido, podemos hablar de dos tipos de prostitución en la Grecia clásica: la prostitución pública y la privada. En la primera, encontramos a mujeres que ejercían en la calle. La privada, en cambio, se caracterizaba porque las mujeres

vivían encerradas en prostíbulos. En este último caso, las prostitutas eran siempre esclavas (*pornai*), sin embargo, en la prostitución pública podían ser de cualquier clase social, incluso ciudadanas.

Por ello, consideramos relevante tomar la clasificación que de éstas últimas hace Paraskeva estableciendo cuatro grupos:

1. Las prostitutas baratas que ejercían su profesión en la calle.
2. Las que frecuentaban las tabernas.
3. Las que frecuentaban los baños públicos.
4. Las que frecuentaban los festines y *symposia*. (...) estas podían ser tañedoras de *aulos*, las danzarinas, una especie de juglaresas o cómicas que realizaban juegos mímicos y de entretenimiento y las *hetairas*. (Ibídem, pág. 71)

Por último, debe mencionarse la prostitución sagrada como otro tipo significativo de prostitución que consistía en la prestación de servicios sexuales en determinados lugares sagrados a cambio de una serie de recompensas materiales en beneficio del templo.

4.1 Las *pornai*.

Las *pornai* que ejercían la prostitución en Atenas en esta época, eran fundamentalmente esclavas que vendían su cuerpo obligadas por sus amos. Aunque también se dan otras situaciones peculiares que pasaremos a describir a continuación.

Además de realizar el trabajo doméstico que era encargado por la señora de la casa, estaba sometida a los deseos sexuales del señor de la casa y de sus amigos en las noches de fiesta:

La esclava, especialmente la joven sirvienta, estaba a disposición del que la había comprado y éste podía por lo tanto introducirse impunemente en su cama... o entregarla a sus amigos en una noche de borrachera. (Mosse, 1991, p. 86).

Estos sometimientos sexuales desembocaban en nacimientos de hijos ilegítimos que vivían en el hogar familiar pero que nunca eran reconocidos como legítimos por el señor de la casa.

Por otro lado, era lícito comprar a esclavas para hacer negocio con ellas y obligarlas a ejercer la prostitución, haciendo así un modo de vida para el dueño.

Otro de los casos de mujeres que ejercían como *pornai*, eran las mujeres metecas que se establecían en Atenas. *Dichas mujeres, obligadas a subsistir por sí mismas, no podían hacerlo más que comerciando con lo único que les pertenecía, su cuerpo*. (Ibídem, p.68).

Las *pornai*, por tanto, eran mujeres, normalmente esclavas, que vendían su cuerpo en los alrededores del Pireo para que sus dueños se lucraran de ello. Era la prostitución más marginal que se ejercía en Grecia.

4.2. La prostitución sagrada.

Este tipo de prostitución genera diferentes opiniones sobre si realmente se produjo o no, puesto algunos estudios indican que esta sólo estaba basada en ideas

ficticias. Si tenemos presente el estudio de Juan Francisco Martos Montiel sobre este tema, entenderemos algunos aspectos que nos van a ser de gran utilidad para exponer el tema.

Atendiendo a la interpretación tradicional, este tipo de prostitución se relacionaba con las antiguas sociedades rurales que lo entendían como un ritual mágico, donde el acto sexual era realizado en honor a la diosa del templo correspondiente. Este ritual se suponía que dotaba de una mayor fertilidad a las mujeres que la practicaban. Martos Montiel apunta que estas *prostitutas eran consideradas parte del personal del templo, por lo que el dinero conseguido no servía para aumentar su fortuna personal, sino que se conservaba en el tesoro del templo.*

Otro tipo de prostitución sagrada sería aquella que obligaba a todas las muchachas jóvenes a ser desfloradas antes del matrimonio. Esto se hacía exclusivamente con extranjeros y a cambio de dinero que se ofrecía a la diosa en concepto de donación simbólico-sagrada.

Este ritual, normalmente, estaba vinculado a la diosa Afrodita dándose así una asociación directa entre prostitución y religión. Parte del personal consagrado a la diosa, eran prostitutas que, a su vez, eran sacerdotisas del templo y que ejercían un papel primordial en la celebración de fiestas como las Afrodisias o las Adonias, relacionadas con el placer carnal.

Estos templos consagrados a Afrodita se localizaban en distintas ciudades griegas como Corinto o Chipre, además de otras zonas de la Magna Grecia, aunque hay muchos más vestigios de ella en zonas no pertenecientes al ámbito no griego como Armenia, Anatolia, Persia, Siria o Fenicia. En este sentido, se puede hablar de una clara influencia fenicio en este tipo de prostitución en Grecia como bien indica Heródoto:

Este santuario, según he podido saber por mis averiguaciones, es el más antiguo de todos los santuarios consagrados a esa diosa, pues incluso el de Chipre, al decir de los propios chipriotas, tuvo en él su origen y fueron unos fenicios procedentes de esa parte de Siria quienes fundaron el de Citera. (Heródoto, 1 105, 3-4).

Por otro lado, cabe señalar que en Chipre existían dos tipos de prostitución sagrada: la denominada templaria y la prenupcial. La primera de ellas era la que se realizaba en las proximidades del templo de Afrodita, con quienes allí acudían y eran, normalmente, sacerdotisas del templo quienes las ejercían; y la prenupcial o expiatoria era la que se concebía como rito previo al matrimonio y que, como ya hemos mencionado con anterioridad, debía realizarse únicamente con extranjeros y conllevaba un ritual de fertilidad.

Este fenómeno de la prostitución sagrada no sólo fue algo aislado en las zonas insulares, sino que en la Grecia continental también se dio como se puede constatar en textos de Estrabón:

El santuario de Afrodita era tan rico que a título de esclavas sagradas tenía más de mil heteras que tanto hombres como mujeres habían ofrecido a la diosa. También a causa de estas mujeres la ciudad era visitada por mucha gente y se enriquecía; los marinos se gastaban fácilmente todo

su dinero, y de ahí viene el dicho: “En Corinto no atraca cualquiera”. (Estrabón, VIII 6, 20).

En este sentido, existen dos corrientes que sostienen argumentos diferentes en relación a la prostitución sagrada: por un lado, se justifica como un tipo de prostitución habitual justificada por un argumento moral; y, por otro, ligada a sucesos particulares, lo que la convierten en una práctica ocasional y que, mucho menos, existía personal del tiempo que se dedicase a tales menesteres.

4.3. Las *hetairas*.

El término *Hetera* o *Hetaira* (del griego ἑταῖρα: compañera, amiga) servía para referirse a las antiguas cortesanas griegas que gozaban de una privilegiada educación y nivel social. Algunas veces este nombre es utilizado como sinónimo de prostituta; sin embargo, las *hetairas*, a diferencia de las *pornai*, podían decidir dar o no placer a cambio de dinero o algún otro favor.

Este tipo de prostitutas formaban parte de lo que hoy denominaríamos prostitutas de lujo. Eran las únicas mujeres verdaderamente libres que podían habitar en Atenas, realizando tareas que a las mujeres decentes les estaban prohibidas: participar en banquetes, conversar con hombres...

Estas mujeres contaban con unas características determinadas como bien presenta Paraskeva en su estudio al respecto. Estas prostitutas de alto nivel solían ser mujeres extranjeras que, aunque comenzasen siendo esclavas, podían acabar comprando su libertad. Su belleza era un rasgo clave para distinguirlas, además de que poseían una alta formación académica que adquirirían desde niñas en casas de otras *hetairas* que ya no podían ejercer.

Su belleza se conservaba gracias a determinados secretos de belleza que pretendía, principalmente, que su piel fuese blanca, como la de las mujeres recluidas en sus casas. Para embellecerse, las *hetairas* griegas pasaban la noche con el rostro cubierto por una máscara de albayalde y miel y al levantarse se lavaban el rostro con agua muy fría.

Por otro lado, su sabiduría no sólo se centraba en el arte amatorio y en los buenos modales, sino que recibían clases de filosofía, música, etc. Que se complementaban con que solían frecuentar simposium donde tenían contacto con intelectuales de la época.

En este sentido queremos citar a Demóstenes, quien indica diferentes tipos femeninos dentro de la sociedad cretense, diferenciando también entre ellos a las *hetairas*:

Tenemos a las heteras para el placer, a las pallakae (concubinas) para que se hagan cargo de nuestras necesidades corporales diarias y a las gynaekes (esposas) para que nos traigan hijos legítimos y para que sean fieles guardianes de nuestros hogares.

A menudo, las *hetairas* compartían con destacados personajes de la Grecia Antigua, entre ellos gobernantes y filósofos. Una *Hetaira* (o una sacerdotisa, o ambas) fue quien enseñó a Sócrates el concepto del amor que pasaría a la posteridad en el *Banquete* de Platón.

Normalmente, eran amigas o compañeras, como su etimología indica, que participaban en viajes de negocios de hombres reputados e, incluso, convivían con ellos. Esto hizo posible que muchas de ellas contasen con grandes fortunas.

Una de las *hetairas* más famosas de la Grecia clásica fue Aspasia de Mileto quien, incluso, llegó a casarse con Pericles y a quien dedicaremos un capítulo especial en este trabajo.

5. ASPASIA DE MILETO.

Aspasia de Mileto fue una mujer que no cumplía, en absoluto, el ideal femenino que se tenía en la Atenas clásica: culta, inteligente, de una belleza extraordinaria y extranjera. Es por eso que la única forma de desarrollar su talento y vivir como una mujer libre, fue la de convertirse en hetaira, profesión que le permitía saber cantar, danzar, orar, recitar poesía y artes amatorias.

No se sabe con exactitud las fechas del nacimiento y muerte de Aspasia, cuyo nombre significa *La bella bienvenida*. Ingeborg Gleichauf marca los años 460 y el 401 a.C. como más o menos verídicos. De hecho, los únicos datos sobre su vida se centran en el período comprendido entre su relación con Pericles y la muerte de Lisicles, su segundo marido. Sí que se conoce, en cambio, su origen: la ciudad jonia de Mileto, en Asia Menor, donde el ideal femenino era algo diferente y las mujeres podían gozar de una mayor libertad. *Es lógico pensar que la mentalidad retrógrada ateniense, cuya esposa ideal era la encerrada en casa y sumisa al marido, interpretara la conducta de las mujeres jónicas como mero libertinaje* (Solana Dueso, 1994).

Con veinte años, Aspasia se trasladó junto a Axíoco, su padre, hasta Atenas: donde pasó a ostentar la condición de mujer extranjera. Según lo que hemos expuesto en capítulos anteriores en este trabajo, esta condición estaba ligada a la prostitución. Era su única forma de sentirse libre y de poder desarrollar su talento y acceder a la cultura. De esta forma, se fue abriendo un hueco en la vida cultural de la Atenas de Pericles llegando a conocer a personajes tan ilustres como Anaxágoras, Sócrates o el propio Pericles, de quien será *compañera* un largo tiempo y por quien abandonó a su esposa legítima.

El objetivo primordial de Aspasia era que las mujeres recibiesen una formación cultural mínima para poder ser más libres, por lo que creó una escuela de *hetairas* donde chicas entre 12 y 17 años aprendían a alcanzar, de cierta forma, esta libertad. Esta idea Aspasia la tomaría de otras escuelas de mujeres como la de Safo, también en la costa jonia. En la época, que una mujer accediese a este tipo de conocimientos, no se relacionaba con el ideal de mujer decente, por lo que la única salida que le quedaba si querían seguir ampliando su educación, era convertirse en *hetairas*.

Otra de las grandes pasiones de Aspasia, atestiguada por textos de la época, es la oratoria, de la que Pericles, seguramente, se sirvió en numerosas ocasiones. Esta pasión por el arte de la elocuencia la llevó también a convertirse en profesora de esta disciplina como se menciona en diálogos platónicos con el *Menéxeno*.

Su unión con Pericles resultó muy escandalosa desde el principio y su destaca inteligencia no gustaron nada en la Atenas intelectual del momento. Numerosas

voces se alzaron en su contra, destacando su pasado como regente de un burdel. Pero Aspasia vivió fiel a su lado hasta que el político murió en 429 a.C.

Sin embargo, no todo fueron críticas: muchos escritores y pensadores de la época la alababan y le pedían consejo. Incluso el propio Sócrates le enviaba alumnos para que les mostrara algunos de los principios básicos de filosofía y retórica.

Aunque se hayan perdido los textos escritos por la propia Aspasia, sabemos por otros que los toman como punto de partida, que fue una destacada científica y médica cuyo ámbito de investigación fueron la ginecología y la cirugía.

Aunque la Historia no haya colocado a Aspasia de Mileto en el lugar donde se merecía, es preciso que hagamos hincapié en su extraordinaria belleza y, sobre todo, en su gran inteligencia, que la llevaron a abrirse un hueco en “el club de hombres” que era Atenas.

6. CONCLUSIONES.

Este trabajo no es sino un pretexto para preguntarnos si realmente Aspasia de Mileto fue una mujer libre en la Antigua Grecia. Es significativo que mencionemos que hemos esgrimido las características del ideal femenino heleno y podemos llegar fácilmente a la conclusión de que la milesia no los encarnaba: bella, inteligente, independiente... una mujer acostumbrada a hacer su vida en la *polis* como un ciudadano más y no en el *oikos*, como era lo esperado en una mujer ateniense. Aspecto que hemos destacado haciendo una clara diferenciación entre la mujer decente que hacía una vida en el *oikos* y la prostituta, que vivía en ese “club de hombres” que era la sociedad ateniense.

El ejercicio de la prostitución, en cambio, tenía tres tipologías diferentes que conviene tener presentes: la prostitución más baja que se llevaba a cabo en zonas como el Pireo por parte de las *pornai*; la prostitución sagrada, en las inmediaciones de algunos templos en honor a Afrodita; y la prostitución de un nivel superior que era la ejercida por las *hetairas*, compañeras que proporcionaban deleite y placer, no sólo sexual sino también intelectual, a los hombres cuyos servicios requerían. Las primeras eran, normalmente, esclavas que procuraban ingresos extra a sus dueños que se convertían en expertos proxenetas. Las segundas se consideraban personal de los templos y todos los ingresos que obtenían eran considerados ofrendas sagradas para la diosa. Por último, las *hetairas* eran las más intelectuales de todas ellas. Además de ser expertas en las artes amatorias, tenían conocimientos sobre ciencia, política, música, filosofía, poesía y poseían una gran belleza que las hacía muy apreciadas. A este último tipo pertenecía Aspasia de Mileto.

La biografía de la milesia resulta apasionante, sin embargo, sólo conocemos aspectos de la vida de esta mujer por las relaciones que estableció con los hombres: Pericles, Sócrates, hasta su segundo marido, cuando se pierde la pista de la hetaira. Esto hace que nos planteemos si realmente fue libre ya que, aunque no fuese su deseo, siempre está supeditada al designio masculino, de cierta forma.

Estas páginas que aquí hemos presentado, pretenden ser, del mismo modo, el comienzo de un estudio más amplio que ahonda en los aspectos más interesantes

de la vida de Aspasia de Mileto; sobre todo en cómo funcionaba su escuela de *hetairas* y cómo servía de instrumento para educar a las mujeres atenienses que ansiaban la libertad y estuvieron olvidadas durante siglos.

Prostitución y educación, dos conceptos que, aparentemente, no guardan relación alguna pero que aparecen amalgamadas en la figura de las *hetairas* como Aspasia de Mileto.

BIBLIOGRAFÍA

CANTARELLA, Eva (1991), *La calamidad ambigua. Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana*, Ediciones Clásicas, Madrid.

CASARES, Julio: *Diccionario ideológico de la lengua española*; Barcelona, Ediciones Gustavo Gili, 1999.

DEMÓSTENES (1983) *Discursos privados 1*, Ed. Gredos, Madrid.

DEMÓSTENES (1983), *Discursos privados 2*, Ed. Gredos, Madrid.

GARCÍA VÁZQUEZ, S: “Las Afrodisias: una fiesta de heteras”, en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol.III, Madrid, 1989, pp.117-123.

GLEICHAUF, I (2010), *Mujeres filósofas en la historia*, Icaria Editorial.

IRIARTE GOÑI, A (2002), *De Amazonas a Ciudadanos: Pretexto Ginococrático y Patriarcado en la Grecia Antigua*, Madrid.

JE NOFONTE (1993) *Recuerdos de Sócrates; Económico; Banquete; Apología de Sócrates*, Ed. Gredos, Madrid.

MARTOS MONTIEL, Juan Francisco: *Sexo y ritual: la prostitución sagrada en la antigua Grecia*.

<http://webpersonal.uma.es/~JFMARTOS/PDF/HIERODULIA.pdf>

MC LACHLAN, B: *Sacred prostitution and Aphrodite*, 1992.

MOSSE, C. (1990), *La mujer en la Grecia clásica*. Madrid.

NIETO IBÁÑEZ, J.M. (ed) (2012), *Estudios sobre la mujer en la sociedad griega y latina*, Universidad de León.

PARASKEVA, Tsampika- Mika: *Hetairas y quiyan: el arte de la seducción*, 2010.

POMEROY, Sarah B. (1987), *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, ed. Akal, Madrid.

KURKE, Leslie: “The hetaira and the Porne” en *Coins, Bodies, Games and Gold*, Princeton University Press, 1999, pp.175-219.

PLATÓN (1983), *Diálogos II*, Madrid, Gredos.

POMEROY, Saarah B: *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, Madrid, Akal, 1987.

SIGNES CORDOÑER, Juan et alii (eds.) (2005), *Antiquae Lectiones. El legado Clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*. Madrid, Cátedra.

SOLANA DUESO, J (1994) *Aspasia de Mileto: testimonios y discursos*, Madrid, Anthropos.

VILLA, J. DE LA (2004), *Mujeres de la Antigüedad*, Madrid.

Yambógrafos griegos, Intro, traducc. y notas de Emilio SUÁREZ DE LA TORRE, Ed. Gredos, Madrid, 2002